

# El coyote de la Warner Bros: Paradigma de un investigador en teología

*Cuando piensa bien, el pensador sigue de cerca las huellas de Dios, no sigue su propia quimera*  
A.D. Sertillanges (2003, P. 6)

## RESUMEN

■ DIEGO ORLANDO SERNA S., O.P.<sup>1</sup>

El presente artículo busca, a partir de los rasgos de personalidad y actitudes metodológicas que caracterizan a un personaje de dibujos animados, como es el Coyote, identificar y reflexionar sobre lo que debe ser y hacer el investigador teológico, es decir, analizar los elementos de carácter personal y metodológico que debe asumir quien se dedica a la investigación en el campo de la teología. Para lograr tal cometido, se aborda la temática desde tres aspectos: la *estudiósitas*, esto es, el investigador en teología como un hombre de estudio; la contemplación y la apertura al diálogo como dos maneras de estar de cara a la realidad; y finalmente la fe como base y fundamento de la investigación teológica. Concluye el artículo indicando cómo el investigador en teología debe ser un buscador insaciable de Dios, el cual, entre otras cosas, no se deja atrapar tan fácilmente y cuando se cree que ya se le tiene en las manos, se escabulle, lo que obliga a reiniciar la tarea investigativa.

**Palabras clave:** Investigación, teología, *estudiósitas*, contemplación, diálogo, fe.

## ABSTRACT

The purpose of this article is to identify and reflect on what a theological researcher should be and should do. This reflection is based on the personality features and methodological attitudes that characterize a cartoon such as “El coyote”. The article analyzes both the personality and methodological features that a researcher shall master. To achieve this, the topic will be addressed from three aspects: the “*estudiositas*”, this is, the theology researcher as a man of study; contemplation and dialogue openness as two means to face reality; and finally, faith as the base and foundation of the theological research. The article finishes stating how a theological researcher shall be an eager seeker of God, which by no means is easy to find and when it is believed to be in one hands it goes away, thus the research work shall restart again.

<sup>1</sup> Estudiante de primer semestre del Doctorado en Teología, Pontificia Universidad Javeriana.

## INTRODUCCIÓN

En el basto mundo de las caricaturas de la televisión, existen una serie de personajes paradigmáticos que han hecho historia y que han dejado huella en las mentes y corazones de millones de personas y que hoy, a pesar de los años, siguen captando su atención y arrebatando una que otra sonrisa con sus disparatadas situaciones. Mickey Mouse, Bugs Bunny, el Pato Donald, Tío Rico, etc., hacen parte de ese elenco que fueron la alegría y el entretenimiento de muchas generaciones. Entre todos ellos hay uno que reclama un puesto de honor en la galería de estos personajes. Se trata del Coyote. Un mamífero mal alimentado cuyo único trabajo consiste en atrapar por todos los medios al Correcaminos, objetivo que se ha convertido en una obsesión, pues a pesar de todos los intentos y de todos los mecanismos y estrategias que él mismo ha creado y que la ACME ha puesto a su alcance y a pesar de la constancia, creatividad, recursividad y persistencia que lo caracteriza, no ha podido lograrlo. Este dibujo animado que a veces despierta tristeza, otras, rabia y las más de las veces desconsuelo, será utilizado en este artículo como pretexto, para hablar de lo que necesita un sujeto para hacer una investigación teológica.

Comparar un personaje de caricatura<sup>2</sup> como lo es el Coyote con un investigador en teología puede parecer un poco grotesco e irrespetuoso y hasta superficial para ser utilizada en el marco de un doctorado, pero haciendo un análisis detallado de este dibujo animado y de las situaciones que lo rodean, se podrá encontrar en él una serie de rasgos de personalidad y de actitudes metodológicas que lo sacan del mundo de lo caricaturesco y lo ubican en el ámbito científico. Y es que, a pesar de la poca efectividad de sus estrategias, no se puede negar que constancia, perseverancia, creatividad, metodicidad, humildad, curiosidad, inteligencia, etc., -cualidades propias de un investigador, no le han faltado. No obstante, más allá de estas actitudes de

espíritu, se encuentran en él otros rasgos de su personalidad que pueden aportar algunas pistas de cómo debe ser y hacer una persona que quiera dedicarse a la investigación en el ámbito de la teología, y esa es precisamente la intención de este artículo: presentar lo que debe caracterizar en el orden personal y metodológico a quien se dedica a la investigación teológica.

El tema nace de varias constataciones: por un lado, del hecho de que a lo largo del curso de métodos teológicos en el programa de Doctorado en Teología de la Pontificia Universidad Javeriana, se fue descubriendo que más que pasos o indicaciones metodológicas o procedimentales, lo que se iba ofreciendo a los estudiantes era ante todo un espíritu, esto es, una manera diferente de ver y hacer investigación teológica. Es así como a través del curso se fueron evidenciando las diferentes condiciones y actitudes que debe asumir quien se arriesga a esta aventura fascinante de la búsqueda de la verdad. Por otro lado, el tema surge de haber identificado, a partir de la revisión de varios textos y artículos que abordan el tópico de la investigación teológica, que la mayoría de ellos se dedican o hacen una reflexión sobre ella, o sobre los paradigmas desde los cuales hay que hacer el trabajo investigativo, o sobre las diferentes partes o etapas del método que adoptan, o sobre los campos de aplicación de determinada metodología investigativa, pero no propiamente sobre las condiciones o rasgos de personalidad académica que debe tener el investigador en esta área del saber, salvo de manera tangencial, dispersa o muy sucinta. Claro está, y valga la aclaración, el universo de estos escritos es tan amplio que sería una irresponsabilidad y hasta un “pecado de soberbia intelectual” afirmar que la temática no ha sido tratada nunca por nadie. Basta indicar por ahora que en lo consultado hasta el momento, esa fue la constatación que se hizo. Por último, el tema de este artículo nace de una inquietud personal del autor, a saber: si la investigación en teología, como

<sup>2</sup> En una investigación pedagógica titulada “La utilización del comic en la enseñanza” adelantada por María del Carmen Chamorro Jiménez, Tatiana Yael Gitman Ughetti, Virginia Hernández Bermúdez, Rafael López Azuaga, María Cristina López Muñoz, Judith María Patiño López y cuyo resumen se puede encontrar en la siguiente dirección electrónica, <http://www.slideshare.net/rafikylopez/la-utilizacin-del-cmic-en-la-enseanza-3617082>, las autoras, basándose en varios textos

toda investigación es ante todo una travesía que requiere no sólo de herramientas metodológicas, sino también un espíritu de vida, una personalidad disciplinada, constante y persistente pero a la vez arriesgada, audaz y aventurera como la del Coyote, ¿cuáles deben ser las condiciones académicas e intelectuales de un investigador en teología?

Este escrito está dividido básicamente en tres partes que presentan cada una de ellas un aspecto por resaltar sobre lo que debiera ser el perfil de un investigador teológico: En la primera se aborda el tema de la estudiosidad como base y fundamento de una vida dedicada a la investigación, virtud ésta que conlleva otras capacidades que deben cultivarse, a saber, la disciplina, la rigurosidad, la metodicidad, la sistematicidad y, sobre todo, el amor por el estudio. En la segunda parte se presenta la dimensión histórica y contextual de la teología que no puede descuidar ni olvidar el investigador teológico, la cual se concreta en una actitud contemplativa y de escucha que le ayuda a descubrir el paso de Dios por el mundo y la historia. Finalmente, en la última parte se hace una reflexión sobre la necesidad de que el investigador en teología sea un creyente que siente, que vive, que ora, que celebra y comparte su fe.

## 1. EL INVESTIGADOR EN TEOLOGÍA: UN HOMBRE DE ESTUDIO

De todos es conocida la obsesión que representaba para el Coyote capturar al Correcaminos. Dedicó toda su vida, sus fuerzas, recursos y energías a analizarlo, a seguir su rastro y sus huellas, a pensar la manera de cómo atraparlo, a perseguirlo a través de bosques y selvas, de cielo y tierra, de ríos y mares. En ese proyecto se volcó totalmente, se volvió un investigador incansable y un experto en el Correcaminos. Dedicaba largas jornadas a estudiar su forma de pensar y de actuar, sus rutinas, sus gustos, sus lugares preferidos, sus

fortalezas y sus debilidades, sus cualidades y sus defectos. Así mismo se convirtió en un investigador infatigable de los métodos que podría utilizar para alcanzar su cometido. Pero, sobre todo, se dedicó a conocer a fondo la causa que le daba sentido a su vida: poder algún día saborear y degustar placenteramente al Correcaminos.

Esa misma disciplina, esa misma persistencia es la que debe caracterizar al investigador en teología: hacer de la búsqueda insaciable de Dios no sólo su objeto de estudio, sino también el motivo de sus desvelos, pues este no es un objeto cualquiera de conocimiento, sino Dios mismo que se constituye en el fin último y la salvación plena del hombre. Y tal debe ser su obsesión que su meta sea la de poder llegar un día a degustarlo y saborearlo plenamente. En este sentido, el investigador teológico debe ser un hombre de estudio, un hombre metódico, disciplinado y riguroso.

Si se acepta que investigar es ir tras el vestigio (*in vestigium ire*), tras el rastro, tras las huellas de la verdad, se entenderá que

“el investigador es un explorador que camina siguiendo el rastro, las huellas, los vestigios de otros como él (...) recorrido que ha de llevarle a la verdad buscada con obsesión, la que implica atravesar bosques, caminar bajo cascadas poderosas, cruzar ríos indómitos y afrontar otros peligros, el más grande de todos, el desánimo”. (Pérez Serrano, 2000, p. 22).

Así pues, hablar de vocación investigativa en el campo de la teología, es tanto como hablar de aquellas personas que entienden hacer del trabajo investigativo su propia vida, “ya sea por el hecho de tener todo su tiempo dedicado al estudio, o que, absorbidos por sus ocupaciones profesionales, se reservan como un suplemento feliz y una verdadera recompensa del desarrollo profundo del espíritu”. (Sertillanges, 2003, p. 16). De ahí que quien decida

que hablan sobre las nuevas estrategias didácticas en la educación, hacen una presentación de cómo el cómic puede ser utilizado en las diferentes ciencias, humanas, sociales, naturales, para motivar al alumno, despertar curiosidad, generar conocimiento e incluso cambio de actitudes. En efecto, a través de algunos ejemplos demuestran cómo a partir de diversos personajes de comics conocidos mundialmente o de sus historietas, se puede enseñar matemáticas, biología, química, filosofía, historia, incluso religión o teología.

iniciar esta travesía no podrá contentarse con vagas lecturas o trabajos dispersos. Necesitará concentración, dedicación, esfuerzo y constancia, pues de lo que se trata no es de hacer del estudio algo momentáneo, sino todo un estilo de vida.

La vida de estudio es austera e impone graves obligaciones. Tiene sus atractivos y por cierto, muy amplios, pero exige un estilo del que pocos son capaces. Los atletas de la inteligencia como los del deporte, tienen que prever privaciones, largos entrenamientos y una tenacidad con frecuencia sobrehumana. Es preciso darse plenamente para que la verdad se dé. (Sertillanges, 2003, p.17).

El hecho de que la teología no pertenezca a las ciencias positivas, no implica que no sea una ciencia<sup>3</sup> y mucho menos que no exija rigurosidad, método y sistematicidad. “A lo largo de los siglos la teología se ha constituido progresivamente en un verdadero y propio saber científico. Por consiguiente, es necesario que el teólogo esté atento a las exigencias epistemológicas de su disciplina, a los requisitos del rigor científico y, por tanto, al control racional de cada una de las etapas de investigación”<sup>8</sup> El investigador en teología “*debe respetar las reglas de un procedimiento riguroso y disciplinado*”<sup>9</sup>. El mismo papa Juan Pablo II en la encíclica *Fides et Ratio*, deja constancia de ello: “*La capacidad especulativa, que es propia de la inteligencia humana, lleva a elaborar, a través de la actividad filosófica, una forma de pensamiento riguroso y a construir así, con la coherencia lógica de las afirmaciones y el carácter orgánico de los contenidos, un saber sistemático*” (No. 11).

En un artículo escrito por Maxim Muñoz sobre la concepción de teología y de teólogo que tenía el Padre Congar (el cual será citado en varias ocasiones en este artículo por los valiosos aportes que hiciese al mismo), afirma el autor que para éste, el Padre Congar, la teología es “el modo racional y científico que asume la fe en el hombre”<sup>11</sup>. De esta concepción se puede deducir que el investigador teológico debe hacer de su reflexión un trabajo científico, metódico y sistemático, según los elementos, el rigor y metodologías propios de las ciencias, pues sólo así podrá llegar a conclusiones sólidas y comunicables.

La teología es disciplina científica si cumple con dos requisitos fundamentales. Primero, que las mediaciones de las que se valga sean ellas mismas de tal consistencia y rigor que hagan parte del ámbito del debate universitario. Las mediaciones de la razón y la historia en la teología se hacen evidentes con los diversos estudios teológicos que desarrollan metódicamente y exponen sistemáticamente los contenidos del mensaje cristiano. Segundo, que la teología tenga claridad frente a su objeto y el método para llegar al mismo, de tal manera que la unidad de objeto y método garantice la unidad del saber teológico, y éste sea asegurado por la racionalidad o luminosidad de Dios, quien se le busca en su revelación en la historia humana. (Agudelo, Carrasquilla y Rojas, 2004, p. 454).

Así pues, es a través de la investigación como el hombre se aproxima al conocimiento de la realidad de una manera sistemática y rigurosa. “Podemos

<sup>3</sup> “¿Es la teología una ciencia? La respuesta depende de lo que se entienda por ciencia. Lo que sí es muy importante destacar hoy es que no hay un único modelo de ciencia: hay diversos tipos modélicos de ciencia. De acuerdo con los límites que se demarquen en el uso del término ciencia y la clase de ciencia que se elija, la teología hará parte del ámbito científico o no. Si por ciencia se entiende la investigación de un objeto de la naturaleza por el camino de la cuantificación, la experimentación, la verificación de los enunciados y la comprobación empírica, la teología no podrá tomar para sí el carácter de ciencia. Si se abre el espectro de ciencia a las disciplinas histórico-hermenéuticas, que pretenden una comprensión del sentido de la realidad humana desde horizontes específicos, claramente la teología puede considerarse ciencia.” (Martínez. *Consideraciones en torno a los métodos*, 16-17).

acercarnos a la realidad de modos diversos, pero desde una perspectiva científica debemos acercarnos con método, es decir, con orden, para lograr un mejor conocimiento de la misma (...)" (Pérez Serrano, 2000, p. 15). Como decía Ortega y Gasset:

“El progreso de las ciencias empieza pujante cuando se da con el verdadero método de estudiarlas y tratarlas; la inmensa mayoría de los que fracasan en sus trabajos intelectuales es por falta de método, no por falta de talento”<sup>4</sup>. Por tanto, la investigación en general y en ella la teológica debe tener rigor científico pues “no se trata de perseguir la verdad de cualquier manera, sino de modo adecuado, fundamentado” (Pérez Serrano, 2000, p. 15).

Todo lo anterior supone por parte del investigador aquella virtud que Santo Tomás llamaba la estudiósitas, la studiosidad. El Aquinate aborda este tema en la *Suma Teológica* en la cuestión donde trata de la virtud de la templanza moderada (*Suma Teológica*, II-II, q 166, a. 2) señalando con ello que, aun cuando el saber es siempre bien recibido, la constitución de la vida nos exige “templar”<sup>5</sup>, evitando un doble peligro: por una parte la negligencia y por otra la vana curiosidad, para lo cual necesita quien se dedica a la vida intelectual, el investigador, una disciplina férrea a través de hábitos de lectura y de amor por el estudio<sup>5</sup>. El investigador ha de cuidarse de estos dos vicios con una sana disciplina<sup>6</sup> y para lograrlo debe, como le decía Tomás de Aquino a un novicio de su comunidad, “*frecuentar la celda, si quieres ser conducido a la bodega del vino de la sabiduría*”<sup>7</sup>. Ciertamente, el espíritu investigativo

requiere de mucha concentración, de recogimiento, de largas horas dedicadas al estudio y a la meditación. De aquí que varias de las recomendaciones que hace Sertillanges en su libro *la Vida Intelectual* vayan en ese sentido:

Reducir el tren de vida (...), no malgastarse en gestiones inútiles (...), tener disciplina (...), concentrarse, evitar dispersarse en bagatelas exigentes y administrar el tiempo (...) ser constante, paciente y perseverante (...); guardar la soledad que es la morada de la inspiración, el hogar del genio, de la invención y de la investigación ardorosa y el campo de esparcimiento del espíritu. (...) Buscar y cultivar el silencio interior (...) y hacer oración pidiendo el auxilio del Espíritu Santo para que conceda su don de sabiduría y de ciencia. (Sertillanges, 2003, pp. 24–42)

Para que se genere ese espíritu del que se viene hablando, es importante que el investigador parta de su historia personal, de aquello que siempre le ha inquietado, de las intuiciones que ha tenido, de lo que le ha generado gusto e interés, por eso deberá escudriñar en aquella idea o inquietud recurrente que aparece a lo largo de su vida intelectual, esto hará que vaya tras su respuesta con ánimo decidido, con entusiasmo y con entrega incondicional. Y es que la investigación no puede ser una obligación o una imposición,

“tiene que ser una querencia, la misma que muestra una niña por su sucio, desgastado y tuerto osito de peluche, metáfora de su juego, personaje central de su creatividad e impulsor de la búsqueda de la verdad, de su

<sup>4</sup> Ortega y Gasset, citado por Pérez, *Ibid.*

<sup>5</sup> “La investigación es un intento esperanzador para explicarnos el mundo, para encontrar puertas que brinden nuevas ilusiones (...) vemos la imperiosa obligación de estimular la actitud de investigar sin sentir que hay que hacerlo por una obligación; hay que hacerlo por degustarla, por sentir alegría y felicidad ante el hecho concreto; sentir que leer es un placer, que escribir nos acerca a la libertad, que investigar o inventar es parte esencial de la vida. Recordando a Borges, quien evocaba continuamente a Montaigne para decirnos que un libro no debe requerir un esfuerzo y que la felicidad no debe requerir un esfuerzo., podemos decir con él, que la investigación -en su sentido interno- no en su proceso, ni en su caminar, es un acto placentero, una de las múltiples caras de la felicidad”. (Parra, *La investigación es un cuento de hadas*, 20)

<sup>6</sup> “El secreto para realizar un buen trabajo de investigación se reduce a dos palabras: trabajo y perseverancia” (Marías, Julián. Citado por Serrano, en *Ibid.*).

<sup>7</sup> Carta a Fray Juan, atribuida por la tradición dominicana a Santo Tomás de Aquino, en la cual le da una serie de recomendaciones e indicaciones a un joven recién entrado en la comunidad.

verdad, de su comprensión y aprehensión del mundo. Igual que esta querencia, el investigador tiene en perspectiva un inmenso amor por su proyecto, una firme creencia en sus posibilidades, una desbordante motivación para la realización de su propuesta, sin importar los obstáculos, las piedras agudas en el sendero resbaloso, las carencias (Parra, 2005, p. 20).

## 2. EL INVESTIGADOR EN TEOLOGÍA: UN HOMBRE DE CARA A LA REALIDAD

Otro de los rasgos que habrá que resaltar del personaje que ha servido de hilo conductor a este artículo, es su actitud vigilante frente a la realidad. El Coyote siempre está acechando, no le quita la mirada al Correcaminos, conoce sus rutinas, busca por todos los medios saber sus intereses, sus gustos e, incluso, sus debilidades; pero su atención no se agota en él, pues a la vez está atento a lo que sucede a su alrededor; al estado del clima, a las posibilidades que le ofrece la naturaleza, a los obstáculos que se pueda encontrar, a los nuevos inventos, en fin, a la realidad que le circunda y que rodea a su tan apreciada y anhelada presa.

De esa actitud de acecho se puede deducir que es muy importante para el investigador en teología no estar de espaldas a la realidad. Sus preguntas deben nacer de la realidad y responder a ella, deben ser preguntas actuales, por eso hay que escuchar la realidad y a los actores de la misma. El investigador teológico debe ser un estudioso de la realidad, no ha de contentarse sólo con ser un gran lector de libros, sino que también tiene que convertirse en un intelectual de las circunstancias históricas, sociales, políticas, académicas del mundo y del ámbito que le rodea, para poder dar una respuesta a esa sociedad que le interpela y que espera una palabra que le ayude a encontrar el sentido de su existencia. El punto de partida de la investigación teológica no puede ser la simple curiosidad, sino los interrogantes, intereses y necesidades del hombre y la sociedad. “El mundo y todo lo que sucede en él,

como también la historia y las diversas vicisitudes del pueblo, son realidades que se han de ver, analizar y juzgar con los medios propios de la razón” (Juan Pablo II, s.f., No. 16)

De allí que la teología tiene que ser histórica, lo cual le “impone el deber de ser actual, puesto que debe responder a las cuestiones y necesidades de su propio tiempo y al nivel de exigencias que la razón presenta en cada época” (Muñoz, 1996, p. 40) pues las ideas, los conceptos, las teorías, los dogmas, responden a una realidad histórica específica, son la respuesta a las preguntas que los hombres de determinada época se hicieron sobre su mundo y por ende tienen un horizonte de comprensión que les da en cierta medida coherencia y sentido. Por ejemplo, no es lo mismo el concepto o la idea de hombre que se tenía desde el horizonte griego a la que se tenía desde el horizonte bíblico; la forma de pensar y ver el mundo que tiene el oriental no es igual a la que tiene el occidental, sus preguntas son diferentes, la manera de responder a ellas también, por eso, una de las labores que tiene que hacer el investigador teológico es entender cada horizonte para llevarlos a dialogar entre sí y para lograrlo se deben cultivar dos actitudes: la contemplación permanente y la apertura al diálogo.

### 2.1 UN CONTEMPLATIVO

Hace algunos años, en una emisora de Bogotá, se escuchaba una especie de *slogan* que dejó huella en sus oyentes: “Ojos abiertos, oídos despiertos”. Es esa la actitud fundamental del investigador en teología, pues por un lado debe estar atento al paso de Dios por la historia, (ya que es allí donde se revela) y por otro lado, como se ha venido afirmando, estar a la escucha de los interrogantes y necesidades de la humanidad.

Teniendo en cuenta que “la revelación de Dios se inserta, en el tiempo y la historia (Juan Pablo II. S.f., No. 11) y que el objeto de la teología es la revelación histórica de Dios, “la teología debe asumir la historia como principio de inteligibilidad (...) no

puede limitarse al “en sí” de los misterios, sino que debe unirlos al “para nosotros” mostrando su impacto en la vida y el mundo del hombre” (Muñoz, 1996, p.12). Son muchas las preguntas que el hombre le hace a Dios y son muchas las respuestas que él le ha dado y le sigue dando y es tarea del teólogo escuchar al uno y al otro y ponerlos en diálogo de tal manera que su reflexión sea actual y pertinente, reveladora y transformante.

La teología, de manera científica, y por ende, sistemática, busca responder a tales preguntas y hacer propuestas al respecto. Por lo mismo, debe ser interdisciplinar e histórica. Interdisciplinar pues debe dialogar permanentemente con todos los demás saberes; e histórica, porque tiene que encarnarse en los grandes retos de la sociedad, en sus grandes desafíos como hizo Jesús. (Novoa, 2012, p. 136)

La actitud de contemplación no puede ser para el investigador en teología, una actividad aislada o un ejercicio espiritual de retiro anacóretico que se da en un determinado tiempo y en un determinado lugar, al contrario, ésta debe ser “una actitud dinámica de apertura a la presencia creativa y salvadora de Dios en el momento actual” (Orden de Predicadores, 2001, No. 205). Lejos de apartarnos del mundo y de la realidad, la contemplación ha de mover a escuchar la voz de los hombres y las mujeres, a ver sus sufrimientos y sus dolores, a captar sus angustias y reclamos, pero también a encontrar en ellos motivos de esperanza y alegría, sueños e ilusiones, luces y retos. “Lejos de separarnos de nuestros hermanos y hermanas, la contemplación nos mueve a ver a otras personas, especialmente al pobre, al marginado y a aquellos que sufren, como Dios los ve” (Orden de Predicadores, 2001, No. 210) para ello es necesario agudizar los sentidos y tener un pensamiento siempre en expectativa y una apertura al diálogo. Y

es que la teología “no puede sacar todo su conocimiento y su palabra de sí misma, sino que tiene que interrogar y escuchar al mundo para recibir de él elementos de desarrollo para la misma expresión, profundización y explicitación de la Palabra de Dios” (Muñoz, 1996, p. 40) y para asumir la realidad del hombre y los hechos de la historia a fin de que la investigación teológica aborde y de luz, desde la Palabra de Dios, a los problemas y retos de la humanidad.

## 2.2 ABIERTO AL DIÁLOGO

Si bien es cierto que en términos generales la ciencia y en específico la teología no pueden hacerse de espaldas a la realidad, también es cierto que no pueden avanzar sin escuchar y acoger lo que otros han dicho. En el texto de Muñoz que se ha traído a colación, se afirma que para Congar

“la teología debe realizarse como un crecimiento y una búsqueda constante de la pureza y plenitud de la verdad, acogiendo, sobre todo a partir del diálogo en el que no sólo se de sino en el que también se esté dispuesto a recibir todo elemento que contribuya a un progreso en la comprensión y la expresión de la Palabra de Dios” (Muñoz, 1996, p. 40).

Así lo entendió Tomás de Aquino quien de manera extraordinaria y novedosa puso a dialogar a diferentes autores de diversos lugares y épocas, logrando una excelente síntesis del pensamiento filosófico y teológico hasta el momento existente. El gran legado que dejó Santo Tomás fue esa apertura de espíritu que le llevaba a buscar la verdad estuviere donde estuviere y a aceptarla dijere quien la dijere<sup>8</sup>: Así aparece reflejado en la estructura de los artículos de la *Suma Teológica*, en la cual, partiendo de una cuestión, de un interrogante, se

<sup>8</sup> “No mires a quien dijo, sino lo que es dicho con razón”. Carta a Juan atribuida a Santo Tomás de Aquino.

establece un diálogo abierto y humilde, con aquellos que han estudiado el tema que se desea tratar; lo que evidencia que el trabajo teológico debe hacerse en un ambiente de colaboración, intercambio, diálogo, y crítica. Y es que el investigador en teología no debe considerarse el depositario de la verdad, debe estar abierto a la opinión de los otros, así no esté de acuerdo con ella. Principio fundamental de la investigación teológica es el respeto por la voz del otro, pues “las percepciones de cada uno, sus cuestionamientos y críticas respecto a las propias percepciones son las que hacen avanzar en el conocimiento de la verdad, esto supone entre los teólogos un clima de humildad, apertura, confianza, libertad, interés por el trabajo de los demás” (Muñoz, 1996, p.51) Al respecto, vale la pena recordar las palabras que Karl Rahner le dedicase al Angélico el día que recibió su doctorado “*honoris causa*” en Sagrada Teología, otorgado por la Universidad Pontificia Comillas de Madrid, en mayo del 74:

En Tomás destaca su objetiva lucidez. Cualquiera que haya leído algo de la *Summa* lo ha podido notar. Su tono es suave, contenido, casi silencioso; no se preocupa de palabras impresionantes (...) por eso habla como quien se dirige a sí mismo, suave, espaciosamente, paciente consigo mismo y con el tema, correcto respecto de sus adversarios, si es que es posible tener adversarios dada la amplitud interior de su espíritu (Rahner, 1975, p.36).

Años más tarde, Juan Pablo II resaltaba también este talante intelectual de apertura y diálogo del Aquinate:

Un puesto singular en este largo camino corresponde a santo Tomás, no sólo por el contenido de su doctrina, sino también por la relación dialogal que supo establecer con el pensamiento árabe y hebreo de su tiempo. En una época en la que los pensadores

cristianos descubrieron los tesoros de la filosofía antigua, y más concretamente aristotélica, tuvo el gran mérito de destacar la armonía que existe entre la razón y la fe. Argumentaba que la luz de la razón y la luz de la fe proceden ambas de Dios; por tanto, no pueden contradecirse entre sí (...) Precisamente por este motivo la Iglesia ha propuesto siempre a santo Tomás como maestro de pensamiento y modelo del modo correcto de hacer teología. En este contexto, deseo recordar lo que escribió mi predecesor, el siervo de Dios Pablo VI, con ocasión del séptimo centenario de la muerte del Doctor Angélico: «No cabe duda que santo Tomás poseyó en grado eximio audacia para la búsqueda de la verdad, libertad de espíritu para afrontar problemas nuevos y la honradez intelectual propia de quien, no tolerando que el cristianismo se contamine con la filosofía pagana, sin embargo no rechaza a priori esta filosofía. Por eso ha pasado a la historia del pensamiento cristiano como precursor del nuevo rumbo de la filosofía y de la cultura universal. El punto capital y como el meollo de la solución casi profética a la nueva confrontación entre la razón y la fe, consiste en conciliar la secularidad del mundo con las exigencias radicales del Evangelio, sustrayéndose así a la tendencia innatural de despreciar el mundo y sus valores, pero sin eludir las exigencias supremas e inflexibles del orden sobrenatural (Juan Pablo II, s.f., No. 43-46).

Son los cuestionamientos y aportes de otros y de las demás ciencias los que enriquecen y ayudan a madurar la reflexión teológica. Por eso se debe reconocer igualmente que el diálogo no sólo ha de darse al interior de la comunidad creyente, sino que también necesita abrirse a las otras ciencias y disciplinas.

La tarea propia de la teología, de comprender el sentido de la revelación exige, por consiguiente, la utilización de conocimientos filosóficos que proporcionen un sólido y armónico conocimiento del hombre, del mundo y de Dios y puedan ser asumidos en la reflexión sobre la doctrina revelada. Las ciencias históricas igualmente son necesarias para los estudios del teólogo, debido sobre todo al carácter histórico de la revelación que nos ha sido comunicada en una historia de salvación. Finalmente se debe recurrir también a las ciencias humanas, para comprender mejor la verdad revelada sobre el hombre y sobre las normas morales de su obrar, poniendo en relación con ella los resultados válidos de estas ciencias (Congregación para la doctrina de la fe, s.f., No. 10).

La apertura al diálogo entonces, invita al investigador teológico a escuchar y dialogar abiertamente también con las demás ciencias, asumiendo una actitud humilde y transparente de tal manera que la búsqueda de la verdad no sea un trabajo en solitario y de espaldas a los avances científicos, sino una construcción colectiva, mancomunada y actual.

### 3. EL INVESTIGADOR EN TEOLOGÍA: UN HOMBRE DE FE

En esta parte del artículo, pareciera que hay que dejar a un lado el personaje que venía acompañando este itinerario, pero dos aspectos de su vida y personalidad lo hacen pertinente: Por una parte, como pocos personajes de los dibujos animados, al Coyote se le ha visto en varios capítulos elevando los ojos al cielo implorando como de Dios una protección frente a la piedra que le viene cayendo encima, o frente al tren que en segundos lo atropellará, o frente a la bomba que muy seguramente explotará a su lado. Y por otro lado y es en este aspecto que se ha de fijar especialmente la mirada, el Coyote a pesar de todos sus esfuerzos y desvelos, de todos los recursos y métodos, de

todas las genialidades e inventos, no ha podido capturar a su presa y si lo ha hecho ha sido sólo por un instante. No obstante en el momento en que deje de luchar por su objetivo con esa tenacidad a toda prueba, su vida perderá sentido.

#### 3.1 UN CIENTÍFICO DE LA FE

Aunque parezca innecesario y hasta ofensivo, hay que afirmar que sin lugar a dudas el investigador teológico debe ser un hombre creyente, un hombre de fe que vive y celebra lo que cree. Si el teólogo no tiene fe, su reflexión puede quedarse en una simple historia, filosofía o sociología de la religión. Más aún, esa fe debe entenderse no sólo como asentimiento a las formulaciones dogmáticas, sino, y ante todo, como una adhesión personal a Dios. Así las cosas, el investigador en teología asume su trabajo investigativo no como un trabajo más, sino como un itinerario espiritual que le lleva a entender, crecer y madurar su fe y la de la comunidad y sobre todo como una manera de acercarse a Dios y de salir a su encuentro. Fue así como entendieron su quehacer los Padres de la Iglesia, para quienes era de suma importancia “la atmósfera espiritual y litúrgica en la que se desarrollaba la actividad de estudio y enseñanza de la teología, puesto que esta era concebida como algo santo, que requería una disponibilidad del espíritu y ciertas condiciones morales, religiosas y místicas: celebración litúrgica de los misterios, alabanza, ascesis, ayuno” (Muñoz, 1996, p. 31). Así también lo entendió Tomás de Aquino, para quien, en palabras de Rahner: “su teología es su vida espiritual y su vida espiritual su teología (...), Él piensa la teología porque la necesita en su vida espiritual como uno de sus presupuestos más esenciales” (Rahner, 1975, p. 36).

Por tanto, el principio vital, el fundamento y la fuente original de la investigación teológica cristiana y por ende de la teología, es la fe en Dios revelado en Jesucristo y esa fe ha de entenderse como una “experiencia de encuentro”,

“El llamamiento que hace Jesús, el Maestro, conlleva una gran novedad. En la antigüedad,

los maestros invitaban a sus discípulos a vincularse con algo trascendente, y los maestros de la Ley les proponían la adhesión a la Ley de Moisés. Jesús invita a encontrarnos con Él y a que nos vinculemos estrechamente a Él, porque es la fuente de la vida eterna” (Episcopado Latinoamericano y del Caribe, 2007).

Desde este punto de vista y “puesto que el objeto de la teología es la Verdad, el Dios vivo y su designio de salvación revelado en Jesucristo, el teólogo está llamado a intensificar su vida de fe y a unir siempre la investigación científica y la oración” (Congregación para la doctrina de la fe, s.f., No. 6).

De allí que todo hombre o mujer que quiera investigar en el campo teológico, ha de ser un orante. No se entiende una reflexión o investigación teológica que no surja de la experiencia de fe y de oración y que de cuenta, precisamente de ellas. Los dominicos tienen como lema que resume su carisma una frase que se puede leer en el frontispicio del Convento de Santo Domingo de Bogotá: “*Contemplari et contemplata aliis tradere*”<sup>9</sup>, esto es, contemplar y dar a los demás el fruto de la contemplación. Según el Libro de Constituciones y Ordenaciones de dicha comunidad, la vida propia de la Orden de Predicadores es “una vida apostólica en sentido pleno, en la cual la predicación y la enseñanza deben emanar de la abundancia de la contemplación”<sup>10</sup>. Esta convicción nace de la certeza de que para hablar de Dios hay que conocerlo y amarlo primero, y para conocer a Dios, es imprescindible tener un encuentro íntimo con Él en la meditación y la oración. “El encuentro de los discípulos con Jesús en la intimidad es indispensable para alimentar la vida comunitaria y la actividad misionera” (Episcopado Latinoamericano y del

Caribe, 2007, No. 154) y por su puesto la vida intelectual. Se trata entonces, en palabras del dominico Gustavo Gutiérrez,

“de tener presente que una teología que no se sitúe en el contexto de una experiencia de fe, corre el riesgo de convertirse en una especie de metafísica religiosa, en una rueda que gira en el aire sin hacer que el carro avance” (Gutiérrez, 1998, p.53).

Lo dicho hasta aquí pone en evidencia la necesidad que tiene el teólogo de cultivar a la par con su formación científica, su vida de fe en toda su amplitud: una fe orada, vivida, celebrada y comprometida. Caben acá otras palabras que pronunció Karl Rahner en la Lección Doctoral que se ha indicado párrafos atrás: “Los manuales de teología, si es que todavía existen, son hoy con mucha frecuencia demasiado poco espirituales, y los libros espirituales, si es que todavía son leídos, son hoy demasiado poco teológicos”. Debe existir entonces una permanente comunicación entre la reflexión o investigación teológica y la vida espiritual del teólogo de tal manera que sus palabras no se sientan vacías y sin fondo.

## 3.2 EN COMUNIÓN CON LA FE DE LA IGLESIA

La investigación teológica, aunque se valga de los recursos y procedimientos propios de la ciencia humana, “se elabora bajo la dirección positiva y constante de la fe y se alimenta continuamente de la sabiduría y la riqueza de su dato, es decir, de la Revelación transmitida y desarrollada por la tradición eclesial” (Muñoz, 1996, p. 36). Aparece aquí una nueva constatación que no se puede dejar pasar por alto. El trabajo del investigador en teología debe hacerse en el marco de una fe nacida, vivida,

<sup>9</sup> Actas Capítulo General de la Orden de Predicadores, Cracovia, Nro. 208.

<sup>10</sup> Constitución fundamental de la Orden de Predicadores, LCO, IV.

trasmitida y celebrada en comunidad, esto es, en un contexto eclesial. Así pues, si el teólogo ha de ser un hombre de Dios, también ha de ser un hombre de Iglesia. Si “a nivel personal, es preciso que el teólogo viva una vida santa, de oración de amor y servicio, de obediencia a Dios. A nivel comunitario debe insertarse en la tradición eclesial, es decir, vivir en comunión con la Iglesia tanto del pasado (...) como del presente” (Muñoz, 1996, p. 53). Maxim Muñoz manifiesta que el Padre Congar insistía en que

El vivir en comunión con la Iglesia permite mantener el sentido de la totalidad del misterio cristiano, evitando que las propias percepciones caigan en la unilateralidad; (...) la teología debe desarrollarse dentro de los límites de esa fe de la Iglesia y a su servicio, debe desarrollarse dentro de los límites de esa fe (...) para Congar la forma normal y más plena que tiene el teólogo para no desviarse es la vida de comunión, el *sentire vere cum ecclesia*” (Muñoz, 1996, p. 46).

El hecho de que la libertad propia de la investigación teológica se ejerce dentro de la fe de la Iglesia no implica que se le cierre la posibilidad de plantear hipótesis hasta ahora nunca pensadas, eso sería “querer que el teólogo se limite a repetir lo que se ha dicho antes que él, (...) sería desconocer el estatuto científico de la teología y preparar su decadencia”<sup>11</sup>. El mismo Juan Pablo II se anticipó a este peligro manifestando que

La teología, en el fondo, debe ser un servicio desinteresado a la comunidad de los creyentes. Por ese motivo de su esencia forman parte la discusión imparcial y objetiva, el diálogo fraterno, la apertura y la disposición de cambio” (Juan Pablo II, No. 10).

## CONCLUSION: A DIOS NO SE LE PUEDE ATRAPAR

Muchas otras cosas podrían decirse acerca de las condiciones de un investigador teológico, aquí sólo se han recogido algunas que se consideraban relevantes e irrenunciables. Pero falta una que explica muy bien el motivo por el cual el Coyote se convierte en un paradigma del investigador teológico: Así como él no ha podido atrapar a su Correcaminos, el investigador teológico tampoco podrá poseer plenamente a Dios. Su gran mérito será reconocer que todo su trabajo teológico le sirve sólo para tener un atisbo Dios. Y es que a Dios no se le puede atrapar, pues “¿quién podrá rastrear sus maravillas? El poder de su majestad, ¿quién lo calculará? ¿quién pretenderá contar sus misericordias? Nada hay que quitar, nada que añadir, y no se pueden rastrear las maravillas del Señor, cuando el hombre cree acabar, comienza entonces” (Si 18, 1-7). Así es la vida del investigador teológico, cuando cree que ha encontrado lo que tanto buscaba, cuando piensa que ya ha atrapado al objeto de sus desvelos, se da cuenta que ya se le esfumó, pues por mucho que el hombre quiera atrapar a Dios en conceptos, ideas, esquemas, e incluso instituciones, Él se abre paso y se escabulla. De allí que como hombre entregado a la sabiduría, el investigador teológico deba decir:

Dame la sabiduría asistente de tu trono (...) para que a mi lado participe en mis trabajos y sepa yo lo que te es agradable pues ella todo lo sabe y entiende, ella me guiará prudentemente en mis obras (...) ¿Qué hombre, en efecto, podrá conocer la voluntad de Dios? ¿Quién hacerse idea de lo que el Señor quiere? Los pensamientos de los mortales son tímidos e inseguras nuestras ideas (...) trabajosamente conjeturamos lo que hay sobre la tierra y

<sup>11</sup> Ibid., 45

con fatiga hallamos lo que está a nuestro alcance, ¿quién entonces ha rastreado lo que está en los cielos? Y ¿quién habrá conocido tu voluntad, si no le hubieses dado la sabiduría y no le hubieses enviado de lo alto su espíritu santo? (Sb 9, 1-18).

Por eso el ideal de la vida del teólogo queda claramente reflejado en aquella hermosa expresión del salmo 42:

Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti Dios mío, tiene sed del Dios, del Dios vivo, ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (Sal 41, 1-3). Ese sentimiento de insaciabilidad divina debiera inspirar todo su trabajo investigativo, su reflexión y toda su vida para que pueda proclamar con el salmista (Sal 63, 1-8):

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,  
mi alma está sedienta de ti;  
mi carne tiene ansia de ti,  
como tierra reseca, agostada, sin agua.  
¿Cómo te contemplaba en el santuario  
viendo tu fuerza y tu gloria!  
Tu gracia vale más que la vida,  
te alabarán mis labios.  
Toda mi vida te bendeciré  
y alzaré las manos invocándote.  
Me saciaré como manjares exquisitos,

y mis labios te alabarán jubilosos.  
En el lecho me acuerdo de ti  
y velando medito en ti,  
porque fuiste mi auxilio,  
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;  
mi alma está unida a ti,  
y tu diestra me sostiene.

Por todo lo anterior, el hombre o la mujer que desee adentrarse en la fascinante travesía de la investigación en el campo de la teología, debe ser un hombre y una mujer de oración, que reconoce que sus conocimientos y sabiduría le vienen de Dios y que por eso siempre, antes de iniciar su labor teológica, invoca al Espíritu Santo y hace suyas las palabras de Santo Tomás en aquella hermosa oración para antes del estudio:

Creador inefable, tú que eres la verdadera fuente de luz y el soberano principio de la sabiduría, dignate infundir en las tinieblas de mi entendimiento un rayo de tu claridad, apartando de mí la doble oscuridad en que he nacido, el pecado y la ignorancia. Tú que haces elocuente la lengua de los niños instruye mi lengua e infunde en mis labios la gracia de tu bendición. Dame agudeza para entender, método y facilidad para aprender, sutileza para interpretar y gracia para hablar. Dame acierto al empezar, dirección al progresar y perfección al acabar. Tú, que eres verdadero Dios y hombre, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

## REFERENCIAS

Agudelo, D., Carrasquilla, J. y Rojas, C. (2004). "Teología: su epistemología y los nuevos paradigmas". *Theologica Xaveriana*. En: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=191017744002>. (consultado el 25 de marzo de 2012).

Baena, G., Martínez, D., Martínez, V., Noratto, J., Suárez, G. (2007). *Los métodos en teología*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana,

Boof, Cl. (2001). *Teoría del método teológico*. México: Dabar.

Bosch, J. (1994). *A la escucha del Cardenal Congar*, O.P. Madrid: Edibes.

Congregación para la Doctrina de la fe. *Instrucción sobre la vocación eclesial del teólogo*. Recuperado de: [http://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/](http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/)

rc\_con\_cfaith\_doc\_19900524\_theologian-  
vocation\_sp.html

Coulon, A. (1995). *Etnometodología y educación*. Barcelona: Paidós.

Gutiérrez, G. (1998). *Beber en su propio pozo*. Salamanca: Sígueme.

Juan Pablo II. *Fides et ratio*. Tomado de: [http://www.vatican.va/edocs/ESL0036/\\_INDEX.HTM](http://www.vatican.va/edocs/ESL0036/_INDEX.HTM)

Martínez, V. (2005). "Consideraciones en torno a los métodos, a los sujetos y a los lenguajes en teología". *Theologica Xaveriana*. En: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=191017543002>

Mejía, I. (2004). "Modelos de investigación en el ámbito de la producción teológica". *Theologica Xaveriana* 151. En:

Muñoz, M. (1996). "La concepción de teología en la obra del P. Congar". *Ciencia tomista* 399 <http://cienciatomista.dominicos.org/buscar.aspx?titulo=La%20concepci%20de%20teolog%20en%20la%20obra%20del%20P.%20Congar&autor=246&materia=>

Novoa, C. (2002). "La teología es una ciencia histórica e interdisciplinar". *Theologica Xaveriana* 141. Recuperado:

Orden de Predicadores. (2001). *Actas del Capítulo General electivo*, Providence. Málaga: Provincias de España.

Pérez, G. (2000). "Presupuestos metodológicos. Perspectiva crítico-reflexiva". *Modelos de investigación cualitativa en educación social y animación sociocultural*. En Pérez G. (Comp.) *Modelos de Investigación Cualitativa en educación social y animación sociocultural*. (pp. 21 – 56). Madrid: Narce.

Pérez, L. (2007). "Ciencias teológicas y concepto de paradigma". *Poli. Revista de la Universidad Bolivariana* 5. Tomado de: <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=191017715007> (consultado el 15 de abril de 2012).

Sertillanges, A. (2003). *La vida intelectual, su espíritu, sus condiciones y sus métodos*. Madrid: Encuentro.

Rahner, K. (1975). "Lección doctoral: Significado actual de Santo Tomás de Aquino". En Vargas – Machuca (Ed). *Teología y mundo contemporáneo, Homenaje a Karl Rahner en su 70 cumpleaños*, editado por Vargas-Machuca, pp. 35-38. Madrid: Cristiandad.

Tezanos, A. (1998). *Una etnografía de la etnografía*. Bogotá: Antropos.

Toro, I. (2004). "Conocimiento y métodos. Teoría del conocimiento / conocimiento teológico". *Theologica Xaveriana* 150. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=191017715007&iCveNum=0>

Parra, O. (2005). "Gestión, investigación y narrativa: La investigación es un cuento de hadas". *Hallazgos*. Pp. 13-28.

Parra, O. (2004). "Gestión, investigación y narrativa: La investigación es cosa de niños". *Hallazgos*, 2. Pp. 15-39.

Vélez, C. (2008). *El método teológico. Fundamentos, especializaciones, enfoques*. Bogotá: Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana.

Episcopado Latinoamericano y del Caribe. (2007). *V Conferencia General Episcopado Latinoamericano y del Caribe*. Aparecida, Documento conclusivo. Bogotá: San Pablo.